

FIESTAS DE SANTIAGO 2017

CALZADA DE LOS MOLINOS

PREGÓN POPULAR

Sra. Paula Castrillo, alcaldesa de Calzada, Sres. Concejales, vecinos, amigos, familiares, calzadeños...
¡¡¡Viva Calzada de los Molinos!!!

Quiero iniciar este pregón agradeciendo: a Paula y a los miembros del Concejo Municipal por haber pensado en mí para ser el pregonero de las fiestas de Santiago de este año 2017 (para mí es un gran honor y una gran responsabilidad) y también gracias a todos ustedes por estar aquí y por sus muestras de afecto y de apoyo. ¡¡¡Muchas gracias de corazón!!!

Dicen los entendidos en pregones que, para inaugurar una fiesta correctamente y que los oyentes no se duerman, es necesario que la parrafada no se alargue demasiado, que lo bueno, si breve, dos veces bueno. Voy a intentarlo.

Los pregones, como bien saben ustedes, eran proclamas que se hacían voceando por las calles, era la forma de anunciar las mercancías que se vendían



de manera ambulante. Pregones hacían también los alguaciles del ayuntamiento, tras tocar una especie de cuerno-trompeta (me acuerdo del señor Constancio, aunque ya no recuerdo que Chuchi ni Carlos lo hicieran). Así salía la gente de las casas y se enteraban de las novedades del ayuntamiento.

Se espera de un Pregón que diga algo nuevo y que recuerde, a la vez, algo ya pasado sobre la historia del pueblo. Yo compartiré con ustedes mis recuerdos más significativos, que ya son historia del pueblo, esperando que, también a la vez, sean un aporte novedoso o, al menos, algo curioso y refrescante, en este calor veraniego, para todos ustedes.

Por su parte, del buen pregonero se espera que esté alegre y tranquilo, que no desvaríe y que se muestre cercano. Yo les puedo decir que estoy muy contento de estar aquí, que iré “al grano” y que intentaré conectar con ustedes, aunque tranquilo no estoy.

Dicen que el pregonero debe acompañar el pregón con sus propias vivencias, sin olvidar que él no es el protagonista, sino, más bien, un figurante en la

historia que el pregón va desgranando. Esto lo tengo muy claro: Yo soy figurante afortunado de la historia de Calzada, el cronista de lo que vio, de lo que le contaron y, seguramente, de lo que imaginó. Un hijo del pueblo que, aunque viva fuera y muy lejos, nunca se ha olvidado de dónde es. Así que me toca vocear desde aquí algunos recuerdos y algunas cosas de lo que hago “al otro lado del charco”.

Voy, por tanto, a anunciar las fiestas, que este año son verdaderamente grandes y rumbosas (o marchosas, como antes decíamos por aquí): exposiciones, sesiones de baile, muchas y diversas actividades para los niños, campeonatos de cartas, música y deporte, karaoke, Gran Prix, actividades culturales y religiosas, dianas y pasacalles, la animación de las peñas... En fin, todo un alarde. Y también les recordaré, por si alguno tuviera dudas, lo importante que es ser de Calzada de los Molinos.

Bien, cada vez que miramos atrás, nos preguntamos cuál ha sido la época más importante de nuestra vida, la que más nos ha marcado o la más feliz. Es difícil responder a esto porque la vida está hecha de muchos pequeños detalles, de momentos, de encuentros, de personas, de decisiones, de

casualidades. Realmente se compone de todo eso. Yo he hecho ese ejercicio más de una vez porque van cayendo los años y van sucediendo cosas aquí y allá, momentos, personas, lugares, dudas, trabajos, viajes, recuerdos... Y me he dado cuenta de que muchos de esos momentos acaban viniendo a Calzada o pasando por Calzada o están relacionados con algo de Calzada. Es decir, terminan teniendo que ver con mi pueblo.

Será porque muchos momentos felices de mi vida coinciden con la infancia y la adolescencia, y esas etapas las pasé en Calzada. Será que lo que más y mejor se queda es lo que se aprende en esas edades. O porque la infancia está relacionada con tiempos de inocencia y de juegos, y todo eso lo tuve yo aquí hace unos cuantos años. Dicen que somos lo que aprendemos de niños y, si es así, pues soy lo que aprendí aquí.

Pero, además, aquí se encendió, sin yo saberlo, la llama de mi vocación de misionero MARISTA. Es decir, aquí, en Calzada, se me despertó el valor de estar atento a los otros, de ayudar al necesitado, de compartir, de la solidaridad, de la aventura en el descubrimiento de nuevos mundos, de forjar grandes y duraderas amistades...

Explicitando un poco más todo esto que acabo de decir, recuerdo, por ejemplo:

- Los juegos que hacíamos todas las tardes de verano en la plaza: el bote (pobre del que le tocaba quedarse, lo hacía toda la tarde y hasta la noche), el mapa, la vaca plantada (o un, dos, tres), cantábamos, por complacer a las chicas, “al país de la alegría” (y bailábamos con ellas). Nos juntábamos más de cuarenta... Y siempre nos poníamos de acuerdo (negociábamos) para jugar a algo (aunque, la mayoría de las veces, los chicos éramos caballerosos y primero jugábamos a lo que querían las chicas).
- Las tardes de baño, también durante el verano, en el tojo de “la olla” o el de “las ovejas” o el “del molino” (en grado progresivo de hondura y, por supuesto, de edades). Nuestras madres, según la edad o quién nos acompañara, nos dejaban ir a uno o a otro (siempre, por supuesto, después de las dos horas consabidas de digestión).
- Las escapadas “ai vaiie” o ai “moliino Gerones” para investigar, pescar o afinar la puntería rompiendo botellas. Eran toda una aventura

(sobre todo que no se enteraran después nuestros padres -cosa bien difícil, por cierto-).

- También era una gran aventura ir a pescar cangrejos en sus huras a la segunda o tercera “alcantarilla” (toda una proeza que no te engancharan con sus pinzas o que no te saliera una rata de agua) o pescar escarchos en la fábrica o a la aceña.

Pequeñas aventuras desafiantes de mi infancia que fueron alimentando mi espíritu aventurero y que me ayudaron, en un futuro no muy lejano, a tomar decisiones valientes para enrumbarme hacia nuevas tierras.

Y tras una infancia feliz y entretenida, llega la adolescencia, con muchos más recuerdos y vivencias que intentaré resumir, para no desvariar -como dije al principio-, y centrarme en lo más significativo.

Fueron tiempos muy intensos: amigos, estudios, nuevas actividades y relaciones, trabajo...

- Recuerdo las fiestas de San Isidro y Santiago, vividas, de manera especial con los amigos, en la “Peña la Alegría” (sólo había esta peña para los jovencitos -éramos un montón- y la peña “Los

Molinos” para los mayores -eran otro montón-). Todos los preparativos, el trabajo de acomodar el lugar (algunas veces en las mismas escuelas, al lado de donde se ponía la eterna orquesta “Manantial”), preparar la sangría (echándole algo de anís u otro licor a escondidas para darle más sabor), lo que nos ayudaba el Sr. Melecio Villalba (de quien tengo un grato recuerdo porque, además, cuando venía de vacaciones y él aún vivía, siempre decía en el bar a los contrincantes de la partida: “A ver si me cuidáis al fraile”), los partidos de fútbol “solteros-casados” (no sé cómo hacían los casados, pero siempre nos ganaban), los partidos contra Carrión (el eterno rival), los primeros bailes con alguna chica, el ir a fastidiar a los que se retiraban al portal de la Iglesia o a la famosa chopa y sus alrededores... (creo que esto también lo recordarán mis amigos César y Fernando especialmente).

- Y en este recuerdo de las fiestas del pueblo, quiero hacer una mención especial, como un homenaje agradecido, por su alegría, por su aporte, por ser el alma de las fiestas, a Susi y a Romanín (como así les llamamos siempre).

¿Quién no se acuerda del “Buggy-buggy” o de la burra? Sin duda compartieron y nos brindaron lo mejor de sí mismos. A ellos les recordamos con un corazón agradecido.

- Recuerdo el grupo de monaguillos, encabezado por Tino, el de la Dionisia, que estuvo muchos años de monaguillo; recuerdo cuando íbamos por las casas a pedir para hacer una merienda especial, lo que cantábamos a las señoras que nos daban algo y a las que nos nos daban (la gran mayoría siempre nos daba algo, una linda y propia característica de nuestra gente del pueblo); recuerdo las divertidas meriendas en el monte...
- Otras tres experiencias del pueblo, que valoro mucho y que me enseñaron a crear lazos de amistad firmes y duraderos, fueron: la del teatro (comencé a preparar una obra, pero no terminé por irme a estudiar fuera), la del coro (con Matil, Blanqui, Arantxa, Raquel, mis primas Mónica, Sole, Bea... y, especialmente, con Frank y Damián -gran amigo-) y la de los quintos (cuando les veía, de pequeño, ir de casa en casa con la bota de vino, correr las cintas, hacer los juegos -un poco

pícaros algunos-..., luego cuando nos correspondió ser acompañantes y finalmente cuando fuimos los quintos, los del 68, que, por cierto, en ese año que nos tocó yo ya estaba en Venezuela y toda la información la recibí por carta -muchas gracias, César, por ser mi corresponsal-).

- Y en este recuerdo del coro y de los quintos, quiero aprovechar el espacio que me han brindado en este pregón, para hacerles también una mención especial por todo el apoyo y la solidaridad que recibí cuando tuve el grave accidente en Venezuela. Allí recibí cartas, cintas grabadas, detalles... y, cuando pude viajar para venir al pueblo, enseguida organizaron buenas meriendas para compartir y animar. Los quintos y amigos nos reunimos en la casa del monte (una noche fría de diciembre, cayendo una soberbia "pelona", de las que ya casi me había olvidado) y los del coro en un restaurante de Carrión con los fondos recogidos de cantar en las bodas. Gestos maravillosos de gente

maravillosa con un gran corazón. ¡¡¡Muchas gracias, no saben cuanto me ayudaron!!!

- Y enfatizando este corazón inmenso y solidario de la gente de Calzada, también hago memoria de tantos gestos de solidaridad: cuando se hacía la matanza, que se ayudaban unos a otros a matar el marrano y se repartía a medio pueblo; cuando sonaban las campanas por algún imprevisto o fuego o accidente, toda la gente salía a preguntar qué había pasado y en seguida se organizaban para ir a ayudar. Así recuerdo a Calzada y a su gente, y así me consta que siguen dispuestos a ayudar por todos los gestos y donativos que he recibido (hace unos años, los niños de la escuela hicieron una especie de marcha y se hicieron calendarios para aportar a la construcción de una escuelita en un asentamiento campesino a las afueras de la ciudad de Maracaibo, al occidente de Venezuela, en la frontera con Colombia; recientemente recogieron fondos, por iniciativa propia, las amas de casa y me los entregaron para ayudar en algo a paliar las necesidades y carencias que tienen los niños de un barrio de la ciudad de Los Teques, en

el centro de Venezuela, donde trabajamos los Maristas). Y cuántos donativos más he recibido, cada vez que he venido al pueblo, de personas que no quieren que las nombre públicamente, pero que han mostrado su corazón generoso y solidario.

Aquí, en Calzada, fui aprendiendo a echar una mano, a trabajar en equipo, a valorar las cosas, lo sencillo, lo natural, el esfuerzo, lo importante, a ser solidario, a trabajar para alcanzar mis metas y lograr mis sueños.

El pueblo de Calzada que yo recuerdo es mágico, puede que fuera así o puede que sea como yo lo he imaginado o como lo soñé. Ya saben que la memoria es selectiva, que tiende a quedarse con lo bueno y olvidar los ratos malos, de rencillas, de enfados, que también los hubo, seguro.

Cada uno tenemos una imagen del pueblo. La mía está unida a la infancia y a la adolescencia, llenas de aprendizajes, de descubrimientos y de buenos ratos.

Esto es lo que llevo del pueblo allá donde voy, por las tierras americanas que he pisado, que han sido muchas (desde Canadá, hasta Chile o Argentina), pero

especialmente allá donde trabajo asiduamente, en mi querida y necesitada Venezuela. En todo el trabajo que hago con los niños y jóvenes necesitados de Venezuela y de cualquier parte del mundo donde esté, sepan que hay una parte de Calzada, que hay un representante y embajador suyo, que vive sus valores y que les lleva presente en su corazón.

Gracias a Calzada. Gracias a mis padres Ladis, hijo del pueblo, y Tere, a mis hermanos Montse, Óscar y Maite. Gracias familia porque estos valores, y todo lo que he dicho, primero lo viví en casa.

Muchas gracias por darme la oportunidad de decir alto y claro, desde aquí arriba, que estoy orgulloso de ser de Calzada de los Molinos.

Que haya salud y alegría para todos.

¡¡¡Viva Santiago Apóstol!!!

¡¡¡Viva Calzada de los Molinos!!!

A pasarlo bien y a divertirse.

Muchas gracias.